

más en su idea del hallazgo de las codiciadas Indias por su derecho camino al ocaso. Muchos hombres honrados y españoles, dice Cristóbal Colón en los comienzos de su *Diario*, al servicio de D.<sup>a</sup> Inés Peraza, madre del que fué después Conde titular de la Gomera, avocados en la Isla de Hierro, juraban por su honor, en Dios y en conciencia, ver cada un año, durante ciertas estaciones, tierras firmes occidentales, tan de bulto y relieve á los ojos, que parecían accesibles también á las manos. Y unía con estas noticias dadas por los canarios Colón otras de su propia cosecha y acervo, como que, hallándose de larguísima estada en Madera, cierto isleño fuese á Lisboa, y le pidió al Rey de Portugal una carabela con ánimo de dirigirse y abordar á vecina tierra, la cual veía de continuo entre los celajes del horizonte y las evaporaciones del mar. Con efecto, las refracciones del aire, así en los océanos como en los desiertos, fingían estos continentes aéreos, tomados unas veces por la imaginación y otras veces por la esperanza de los comarcanos aquellos como efectivos y reales, hasta el punto de idear numerosas navegaciones en su busca y requerimiento, al término de las cuales recogían sólo tristísimos desengaños. La ilusión llegó al extremo de generar una certidumbre tal sobre la existencia y una confianza en el hallazgo, que todos estos espejismos, bautizados con denominaciones varias, inscribíanse á una en los mapas y constaban como verdaderos en las tradiciones ribereñas. La física moderna, en sus revelaciones del éter y de la luz, ha dado la razón de tales fenómenos atmosféricos y aéreos. Mas ¿no demostraba esto que así cual sobre los capullos de las flores en primavera discurren las mariposas, como anunciando el fruto lejano, discurren las ilusiones y las esperanzas sobre todos los apartados horizontes de una realidad viva, que se acerca y se cumple á despecho de todas las dificultades y de todos los obstáculos, sirviendo para prestar en los pilotos aquellos en sus esperanzas é impeler los barcos más con estas esperanzas del espíritu que con las brisas del cielo?

## CAPÍTULO XIX.

### EL MAR TENEBROSO.

 El día 6 de Septiembre dejaban tras de sí el archipiélago y se metían en el Océano infinito é insondable. No fué sino muy costosa la demanda y requerimiento de aquel abismo. Una calma chicha reinó que semejaba mágico sortilegio de las islas para retenerlos. En tres días anduvieron bien pocas singladuras. Las velas semejaban alas mojadas en el agua salobre y caídas en una inercia invencible. Sobre tal espejo del mar, bajo aquel cielo que parecía como turquesa convertida en rotonda, tras las reverberaciones del transparente aire, las tierras, de que se despedían, tomaban esmaltes, á cuyos toques en los ojos los corazones movíanse uniformes y unísonos al deseo de la estada en una eterna contemplación que les preservase del misterio donde se habían sumergido. Por fin empezó á soplar una brisa favorable del Oriente que convirtió los barcos, antes inmóviles y pesadísimos, como cantos, en rápidas flechas. Á este impulso toda la tierra se perdió de vista y los exploradores se hallaron entre los mares y los cielos como suspensos. Colón alzó á Dios su pensamiento, aromado en misticismo profundo, y le dió gracias por haber extinguido las inflamadas líneas terrestres, cuyo atractivo divertía los perplejos ánimos

del fin deseado. Así, aquel viento alisio le oreaba el atezado rostro, le recomponía los nervios descompuestos, le animaba la sangre y le aceleraba el corazón. Pero no determinaba, no, así el ánimo de los marineros; y no ejercía en ellos igual influencia: todo lo contrario, los amedrentaba también. Y los amedrentaba, porque la constancia de sus soplos, provenientes del mismo cuadrante siempre, les hacía creer que los alejaba indefinidamente de la patria y del hogar, á cuyo seno jamás podrían volver contrastados por el embate de una fuerza que deshacía todo esfuerzo empleado en marchar contra ella, imposibilitando la vuelta. Los planes de Colón suponían la esfericidad del planeta. Sólo en una esfera, siquier fuese achatada, podían encontrarse las tierras de Oriente marchando hacia Occidente. Pero la idea de una tierra esférica contradecía el sentido común en aquel tiempo, que, al creerla planísima, estaba en el caso de creer también imposible todo regreso, huyendo por la recta del plano al punto de partida, cada vez más distante. Conocedor el astuto genovés de la grandeza y cuerpo tomados por los terrores á medida que crecían las distancias, llevaba dos cuentas, una para sí, otra para los demás; una pública, otra callada; una fiel, otra mentida. En la exacta inscribía el total de leguas que realmente anduviera, y en la otra mucho menor número, con cuya industria disminuía los recelos y moderaba las impacencias de sus muy susceptibles compañeros. Pero en esto le sobrevino accidente inesperadísimo. La guía certera, que siempre mira entre las innumerables constelaciones y en la infinidad del espacio á un solo punto, al Norte, permitiendo en medio de las variaciones del movimiento la fijeza indispensable al marino viaje, la brújula, comenzó á desviarse untanto y á oscilar. Así creyéronse los tripulantes perdidos é imaginaron que aun lo más fijo cambiaba para ellos, y lo más inmóvil se removía, cual si la tienda del cielo se replegase de sobre sus cabezas, la estrella polar se abismara en lo infinito como una piedra lanzada en las aguas, y Dios no los tuviera por hijos y les enviara plagas y maldiciones

como á todos cuantos intentaban medirse con su sabiduría y con su omnipotencia. Colón conoció que necesitaba explicar tal causa de perturbación, como había explicado los volcanes. Pero la explicación parecía más difícil á causa de que los volcanes presentaban otros ejemplos, y la desviación del imán resultaba imposible de comprender ni explicar por antecedente ninguno y por ninguna experiencia. Hay quien afirma que no podían el piloto de Palos y el piloto de Génova ignorar un fenómeno, como la desviación de los imanes, sobre cuya existencia se cree que había memorias en aquella biblioteca vaticana, llena de tratados astronómicos y náuticos, indispensables á quien, como el Pontífice, aspiraba por su religioso poder y autoridad á dominar en todo el mundo. Pero esta desviación, que se nota según cada latitud, hasta llegar á la oscilación en el Ecuador, y al cambio en el otro hemisferio, esta desviación podía ser conocida entonces, pero no tenía explicación plausible, como no la tiene todavía hoy, oculta por completo en los misterios que circundan como un anillo de sombras tantos y tantos hechos registrados y reconocidos en las luminosas tablas de nuestras ideas. Á esta inexplicable acción de desviarse la aguja de su centro llamábanle no-roestear los mareantes. Y Colón lo explicaba, ora por oscilaciones de la estrella polar, ora porque no estuviese allí en ella misma el centro de atracción, sino en otro cualquier objeto verdaderamente opaco y próximo á su luz, ora por otras mil más ó menos especiosas razones, propias de aquella previsorá fantasía, tan dúctil y tan rica y tan copiosa, que iba despidiendo luces naturales y artificiales, ideas verdaderas ó falsas, como un estallante volcán. El sabio Alejandro Humboldt, cuando llega en el recuento de las ideas físicas por Colón traídas á la ciencia toda, se pasma delante de sus adivinaciones en problema tan oscuro como esta desviación del imán.

La colectividad, el número, cegábanse á la continua; y en faltándoles así la palabra persuasiva como la mirada imperiosa del descubridor, volvían á las antiguas sospechas y porfiaban

en sus violentas recriminaciones. Quien espera, desespera, solemos decir en lengua castellana. Sobre los temperamentos meridionales predominan los nervios y sobre los temperamentos nerviosos las impacencias. Un hombre del Norte generaliza menos que los hombres del Mediodía. Nosotros no podemos ver un principio sin sacar derecha y rápidamente todas las consecuencias y no podemos oír un anuncio sin que creamos cumplido lo anunciado. Á estas imaginaciones plásticas todo se les aparece de bulto. Y como Colón gustase de la soledad y se recluyera en misteriosísimo silencio, cual suelen todos los hombres superiores, la incomunicación entre su gente y él acrecentaba las supersticiones, enemigas de plan y jefe. Navegando el Almirante, concentraba toda la reflexiva potencia de su atención en el estudio de cuantos hechos anunciaran la tierra, que se le aparecía cercana, muy cercana. El constante latido de su profundo corazón revelador; las agitaciones de unos nervios por los cuales toda sensación se transfundía con celeridad; la intuición de su espíritu profético, se completaban en él con una vista de lince, con un olfato de sabueso, con un oído de gamo, con tal finura de órganos, que no se perdía una particulilla de aroma, un rumor de cualquier intensidad, un viso de objeto, si presagiaban la buscada tierra, sin que lo advirtiera en su observación y lo anotara en sus libros, á diario trazados, y los guardara en su memoria siempre despierta. ¡Qué matemático para el cálculo, qué observador de la naturaleza, qué profeta en las esperanzas, qué místico en las oraciones y en los éxtasis, qué utilitario y casi egoísta en materia de lucros y provechos! Su mirada, como nuestros telescopios y nuestros microscopios de ahora, veía con igual facilidad lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño en todo lo relacionado con advertencias y anuncios de tierra próxima venidos del ambiente donde se había como anegado. Á lo mejor, si Pinzón, el más apto entre todos para entenderlo, se le acercaba, de barco á barco solía dirigirle, ó bien advertencias con la bocina, muy resonante por la inmensidad, ó bien, por medio de

cuerdas, mapas varios, donde inscribiera Cipango, sita por aquellas latitudes, dado su erróneo concepto de la extensión del Océano. Algunas veces, en el menor objeto divisaba la desvanecida tierra, dentro del abismo de las aguas disipada, la tierra que denominó Platón Atlántida. Poco después de haber dejado el archipiélago canario, un mástil roto aparecía en la oceánica superficie, ante cuya vista presagiaron los agoreros el castigo para ellos aparejado, según tales despojos, atestiguaciones de un terrible naufragio sufrido por los audaces empeñados en arrancar al Océano su secreto y romper el misterio donde la divina Providencia quiso envolverlo en sus inescrutables designios. Unas cuantas toñinas le servían para confirmar la opinión dada por Aristóteles en su *Historia Natural* respecto á la grande abundancia de atunes allende las Afortunadas, conocidas de antiguo. Un pardalejo cualquiera le aportaba viva profecía. Pagábase principalmente de las aves menudas y nerviosas, porque no podían vivir sino cerca de habitaciones y sobre campos, donde las gramíneas les ofreciesen alimento y los manantiales agua. Notaba con suma perspicacia cómo no iban las avecillas cansadas, y, por consecuencia, no se habían separado mucho trecho de los lugares habitables, en que únicamente les era dado vivir. Sobre su pico debían traer señales del fruto picoteado, y aromas del jardín recién recorrido en su plumaje, y ecos de bosque y selva en su pío. Pues lo que le mostraban los pardales también se lo mostraban las ballenas. Á lo mejor aparecían estos cetáceos, elevando surtidores de sus narices, meciéndose sobre las hamacas de aquella dulce oscilación marina; y Colón recurría en el acto á sus experiencias náuticas y á su *Historia Natural* de piloto, mostrando cómo semejantes animales no se apartan mucho de las costas, porque viven al amor de tierra. En cierta ocasión, que vió un cárabo pegado á una rama, recogiólo cuidadoso en sus redes, guardándolo cual viva demostración de que había cerca fluviales aguas. Cuando no podía más, tomaba el mismo líquido que la quilla hendía, y gustándolo con sus

labios de alquitara, cotejábalo con el recogido en días y en espacios más lejanos, de lo cual deducía, de su sabor más ó menos salobre, la mezcla con afluencias del monte y del campo vecinos, que todo lo endulzaban. Un alcatraz lo inundaba de gozo y le sumergía en vívidas esperanzas. Llámense así, alcatrazes, ciertas aves, á los cisnes parecidas, pero más corpulentas que los cisnes mismos. Entre lila y blanca la pluma; largo el cuello y flexible; á manera de sierra, por dentado, el pico; palmeadísimos los pies; ¡oh! pescan en el mar lo que deben comerse allá en el campo, según su doble naturaleza campestre y acuática, llevándose consigo dentro del buche, parecido á zurrón, los pecezuelos, para digerirlos después á sus anchas bajo los árboles. Onocrótalos llamaban á estos pájaros los naturalistas antiguos por sonar á crótalo el repiqueteo de sus picos. Así, acerca del sueño suyo y de las costumbres suyas en el dormir y reposarse, trae en la *Historia Natural* Plinio curiosas y muy repetidas y muy copiadas noticias. Crótalos llamaban los romanos á las castañuelas, que repicaban ya en su tiempo las bailadoras gaditanas, como puede verse todavía en unos versos de Virgilio, describiendo bética danza bajo parral frondoso y ubérrimo, en cierto sesteo romano, dentro de una taberna sombreada por el ciprés y ceñida por el mirto; versos cuyas cadencias trascienden á manzanilla y Puerta de Tierra ya en aquellos apartadísimos tiempos. Como unas castañuelas sonaban los picos de las palmípedas y como unas castañuelas de alegre, si es permitido hablar así, Colón se puso al oírlos, porque le anunciaban la proximidad cierta de lagunas costeras, alimentadas por las ondas salobres y por las filtraciones dulces, componentes de marismas, esteros, albuferas, ó como quieran llamarlos. ¡Ah! Lo cierto es que no podían explicarse los terrores de aquellas gentes sino por arraigo tan sumamente hondo de las creencias viejas en el alma, que no acertaba, no, á extirparlas, ni á combatirlas siquiera, la evidencia. Se creían en el mar tenebroso, poblado de feroces cíclopes que iban á devorarlos, y de titánicos Etnas que iban á

consumirlos; por honduras, en cuyos remolinos el cielo era funerario paño y los soles nubes de ceniza, y como estridentes clarines de ángeles exterminadores los aires; al borde temerosísimo de las cataratas, que trajeran con sus desplomes el diluvio, prontas á lanzarlos, al choque de sus rápidas despeñadas aguas, semejantes á trombas del huracán batidas, en los infiernos; se creían dentro de un colosal Apocalipsis que les anticipara el Juicio final, donde se hallarían entre los réprobos; y todo les halagaba, todo: el mar, parecido en lo llano y en lo aromático al Guadalquivir so sus bóvedas de azahares; el viento alisio, que oreaba los rostros y encendía la sangre y adobaba las fibras; el coro de juguetones delfines, que saltaban junto á las quillas y el círculo de terrestres aves que seguían desde lo alto á las velas; el resplandor de la diurna luz, agrandando los horizontes y prestándoles una transparencia incomparable y una extensión infinita, como si fueran empíreo visible sus espacios; los iris producidos por la refracción solar en aquellas aguas jaspeadas como la concha de una madreperla ó como la superficie de un ópalo rosáceo; el aroma, entre salitroso y selvático, disuelto por doquier, y capaz de alegrar el más apocado ánimo y difundir fantaseos por las más apagadas imaginaciones; el florecimiento de las criptógamas, extendidas en guirnaldas sin fin, entre cuyas hojas esplendían moluscos estriados de rayas, que semejaban facetas de rica pedrería; el espectáculo mágico de las nubes, pintadas, cual paletas enormes, por aquel éter tan fácil á quebrar su claridad intensa en multicolores prismas; el frescor de las corrientes continuas, bajadas, como inmensos ríos submarinos, desde las nieves del polo á los hervores del trópico; el amasijo de vida en los glútenes y en las viscosidades y en los infusorios, y en tantas levaduras de varias sustancias y en tantos gérmenes de numerosas especies y en tantas raíces de organismos y en tantos viveros de infusorios y de corolas y de madreporas como hay por aquel infinito laboratorio, que debía disuadir á los más apocados de todo presagio agorero del siniestro sino de una perdición inevita-

ble y de una muerte eterna, imposible cuando el Ser Supremo, como de una inmaterial atmósfera los rodeaba y les ofrecía en aquella continua sucesión de tantas perspectivas deslumbradoras por lo infinito y en aquellos metamorfoseos múltiples de la naturaleza, una seguridad completa de que podían entregarse á consoladoras esperanzas y encontrar en el seno de tan vívidos ambientes otro mundo mejor. Y no quiero decir nada ¡oh! de la noche; no quiero decir nada de las estrellas tan resplandecientes, de las fosforescencias tan hermosas, de las chispas eléctricas lanzadas por los peces, de la infusión luminosa diluída por el día en las aguas, de los arreboles rojizos del ocaso, de las alboradas perladísimas del amanecer, de la estela por las quillas abierta y correspondiente con la vía láctea en el cielo infinito, del baño en la luna rielada por los cristales de la superficie oceánica, parecidos á un cielo que se os extendiera y dilatara bajo los pies: el profeta compara estas noches primeras de navegación por las latitudes próximas al Trópico y al Ecuador, con una hermosa velada en Andalucía, y solamente le falta, para que la ilusión resulte perfecta y los goces de la vista y del olfato se completen allí con alguna melodía, la escala cromática exhalada por un amoroso ruiseñor.

Esta misma hermosura y tranquilidad, por la cual tanto Colón se esperaba, desesperaba de suyo á los tripulantes, quienes, en sus naturales recelos, veían al abismo hermosearse con esmaltes engañosos, para deslumbrarlos mejor antes de perderlos, en guisa de sirena. La constancia del viento, favorable al avance, y para la vuelta de una invencible dificultad; la desviación del imán, en que parecía el Norte mismo abandonarlos al acaso; el número de leguas andadas sin topar con tierra; el horizonte inacabable y de terrible uniformidad; el medio ambiente todo, como decimos ahora, compuesto de fluidos y líquidos; cuanto les rodeaba, parecíales algo así como la entrada en otro planeta, donde no hubiese ningún elemento firme y sólido. De aquí una instintiva creencia, muy en armonía con su estado

mental propio; la creencia de que, para vivir en aquel medio compuesto de aire y agua, necesitábase, ó ser pez, ó ser pájaro, todo, menos hombre. ¡Cuán ajenos discurrían de que muy pronto iban á enredarse los barcos en dificultades y topar con obstáculos sobradamente sólidos! En efecto, llegados á cierto espacio del Océano, surgieron hierbas por todas partes, que recordaban el musgo de los peñascos; las cuales hierbas eran puramente acuáticas, disponiéndose y combinándose como anudadas malezas en largos laberintos de follaje intrincado y enredadísimo, flotante al acaso. Estos hierbajos, como el vegetal terrestre llamado estrella, sin pie ni tronco para que pudiesen mejor sobrenadar, cargados por frutillas rojas análogas á las del montaraz lentisco, tendíanse por la extensión del mar, convertido en prado inacabable, como si por arte de magia ó encantamiento hubiese cambiado su fluidez en espesa y sólida y extraña vegetación. Á marineros ya tan recelosos, navegando mal de su grado, idos tan lejos por un mar sin término, al impulso de un viento sin mudanzas, fatigadísimos de penetrar con su vista en rededor suyo sin hallar más signo de animación que los peces varios y las aves por casualidad llegadas, y bien pronto partidas, ¡ah! debía parecerles aquella triste alfombra puesta bajo las quillas una red echada por el diablo á sus naves, una red en cuyas traidoras mallas iban á quedarse prendidos y enganchados para siempre. Así murmuraban y murmuraban, produciéndose todos esos siniestros murmullos de disgusto, en guisa de prodromos precedentes á los estallidos terribles de la cólera. Cuando con tal obstáculo toparon, llevaban once días de no haber amainado las velas un palmo, henchidas á la continua del mismo viento. Y aunque muchas veces las sondas suyas penetráran en las aguas, no traían revelación alguna de fondo los incesantes sondeos; y eso que soltaron más de doscientas brazas en aquellas exploradoras operaciones. Así, entre lo continuo del viento, lo insondable del mar, lo espeso del sargazo, había para que los temores antiguos crecieran y para que desatinaran los atemorizados. Muy